

❖ Institut français en Espagne ❖ Burgos ❖ 1910 ❖

LA UNIVERSIDAD ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ESPAÑOLA

CONFERENCIAS POR
MARTÍN D. BERRUETA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA.



SALAMANCA.—
IMP. DE GALATRAYA,
regentada por Ma-
nuel P. Criado.-1910.

JT - F 562

THE UNIVERSITY OF
MICHIGAN LIBRARY

MARTIN E. DEWITT

T. 1254754
C 71651055

LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA

CONFERENCIAS POR

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA

en el Cursillo de verano
de la Unión de los estudiantes franceses en el Instituto de Burgos
en los días 13 y 20 de Agosto de 1910.



PRIMERA CONFERENCIA

Señoras:

Señores:

OTRA vez me hacéis merecer el honor de dirigir
ros la palabra, en estas conferencias de nues-
tros cursillos de verano, en este verdadero inter-
cambio intelectual, que no consiste en el visiteo
mútuo de los catedráticos franceses á las Univer-
sidades de España y de nuestros comisionados á
vuestros centros de enseñanza; que no está en los
libros, que está en vivir la vida, como hacéis vos-
otros, viniendo á España, haciendo mansión aquí,
viviendo con nosotros la vida española.

Yo recuerdo, Mr. Dibie, la sinceridad con que
deciais aquí, en esta misma casa, el día de la inau-
guración de nuestro cursillo, «que no nos cono-
cemos». Ha habido quien, con inexcusable igno-

rancia, os ha presentado á España falsificada. Como de Francia, confesémoslo, hablamos nosotros con demasiada superficialidad de noticias.

Ahora quiero hablaros de la Universidad española, sin entrar por el embarullado campo de la organización administrativa; de algo más íntimo que llegue á la entraña de la vida universitaria, en España.

Nosotros tenemos una vida en silencio: la encuentra el que quiere, el que reflexiona y no se da por vencido al ruido exterior. En ella se goza, en ella se sienten grandezas. La dejamos asomar si hacemos obra personal; la ponemos en nuestras palabras si éstas no son «cascabeles»

La Universidad también tiene esa vida en silencio, vida interior; la deja ver y sentir á los que leen dentro de las cosas, no á los que miran y no ven.

Mi Universidad de Salamanca, de ella quiero hablaros hoy. ¡Ya me dejaréis llamarla la Universidad española!

¿Cómo nació la Universidad de Salamanca? No os diré de este pleito histórico de su fundación, ni de si fué ó no traslado de la de Palencia, ni de si su fundador fué Alfonso IX..... Estas instituciones no nacen así, inscribiéndose en una hora, en un día, en el registro de la vida.

Ya había estudios en Salamanca, estudios á la sombra catedralicia, cuando D. Alfonso el IX puso el Estudio Universitario; cosas muy distin-

tas, muy otras, de la Universidad que fué luego, y de lo que hoy queremos por Universidad.

Esa fundación, ó traslado, ó ampliación, ó lo que hiciese D. Alfonso, fué colmado enseguida de privilegios. No fué tan largo el Rey en dotaciones y rentas.

Por aquellos días, al apartarse á recinto propio, fuera de los claustros de la Catedral, es el nombre de un Obispo, D. Martín (1229-46), el que suena á donante, fijándose de él esta memoria, «éste estudió edificó y dotó».

Don Alfonso X encontró bien *establescido* el Estudio en Salamanca, según él quería fuese el lugar «que había de ser de buen ayre, é de fermosas salidas, porque los maestros que muestran los saberes é los escolares que los aprenden vivan sanos en él, é puedan folgar é recibir plazer en la tarde cuando se levantan cansados del estudio. Otrosí deue ser abastado de pan, é de vino, é de buenas posadas, é que puedan morar é pasar su tiempo sin gran costa.....»

Yo no sé cómo sería entonces Salamanca. Hay autores que aseguran la existencia de «fértil viñedo y espesos encinares.....» Ahora nos ha dado, en aquella ciudad, no sé si temáticamente, por lo de la insalubridad, mirando lo pelado y abrojo de los contornos salamanquinos.

Pero he de decir que no hacían falta encinares, ni paisajes accidentados. La inmensa llanura cas-

tellana, reparadora del espíritu, traqueteadora del pensamiento, poesía, austeridad, silencio, ¡lugar del estudio!

Un señor, de estos que se pasan de listos, me consultaba por libros y documentos para trazar un cuadro universitario salmantino. ¿Usted ha estado en Salamanca? Ni por curiosidad había visitado mi ciudad. Yo le desengañé de sus intentos atrevidos.

Salamanca, asiento del Estudio, ciudad Universitaria..... aun cuando no lo hubiese dicho el Rey sabio; pero dijo bien.

Será tal como yo la veo, será tal como yo la sueño. Ciudad aislada, ciudad del retiro, en la fecunda planicie, recogida, recia. En las primeras horas de la mañana, los días de lección, el cimbalillo universitario, vibrante, inquieto, sonoro, llama á los maestros y á los escolares al Estudio, que van por aquellas silenciosas y despobladas calles, á esa hora primera, á hacer labor formal.

No hay chimeneas, no suena el silbato de la maquinaria ¡qué bien! Se duelen los *cosmopolitas* de que es ciudad sin modernización ¡mejor! ¡Gracias á Dios!

Ese día quedaría borrado el buen «ayre», que pedía don Alfonso, para el «lugar del Estudio».

Hágase eso fuera, otra ciudad nueva, muy lejos; pero que quede, en su decoración, aquel Patio de Escuelas con los vitores, con los escudos de la

Universidad, con las casas de los Maestros, con aquel Hospital de estudiantes, entonado ambiente para aquel hastial de opulencia plateresca, de piedras doradas por el sol. Allí en su centro respira el gran Maestro León.

Creedme, yo lo he conocido: en el barrio de la Universidad, los artesanos eran como custodios del respeto tradicional al saber de los sabios de Salamanca; con cuánta reverencia pasaban por delante de la Universidad; el entrar en ella era algo sagrado. Y hay todavía las procesiones de doctores, miradas por el pueblo como legado de tiempos gloriosos.

¿Si viérais á los charros cuando, en los días de feria, visitan la Universidad? De generación en generación se transmite ese recuerdo de admiración, de embobamiento, de querencia universitaria.....

La ciudad será todo lo fea que digan otros..... para ojos de visión en *línea recta*. ¡Pero es la ciudad del Estudio!

Perdonadme estos subjetivismos, estos lirismos.

La Universidad no debe estar en las grandes ciudades; hay muchos peligros, incluso peligros para estudiar, aun cuando suene lo contrario. Es, de aquel modo, más fácil la consagración de las eminencias. Abomino de los almacenes de sabiduría, de la nombradía que da lo central univer-

sitario. En los almacenes suelen quedar muchas *maulas*.

Quería el Rey sabio que estuviese bien emplazado el Estudio «á buen ayre».

A quién se le ocurre poner Escuelas de minas..... allí, donde se dan solamente empleos? Y escuelas de arquitectura allí donde no hay historia de piedras artísticas, ni lecciones de edificios monumentales? No están á buen «ayre».

Se preocupaba también don Alfonso de que fueran lugares de «poca costa». Se conoce que, ya, por entonces, eran incompatibles (iba á decir que por naturaleza) incompatibles, en la aplastante realidad, estas aficiones, estas profesiones, de leer, de estudiar, de saber, con la holgura del bolsillo.

En un principio se establecieron, en Salamanca, estudios de Derecho Canónico. Alfonso X estableció y dotó varias enseñanzas: un Maestro de leyes, con 500 maravedies, otro de decretos, otro de decretales, dos de lógica, dos de gramática, dos, de física, un estacionario y un Maestro de órgano.

Había otros estudios, otros maestros que *leían* por dineros que les pagaban los estudiantes (como se hacía en París y otras universidades).

Esto revela ya algo contra los planes oficiales de enseñanza que se petrifican, algo de celo escolar, de mayoría de *edad*.

Fueron pocos los Reyes y los Papas en materia de organización pedagógica, en planes de en-

señanza: dejaron á la Universidad que se diera cuenta de su oficio, de su destino, de su personalidad docente, una hermosa autonomía.

Los privilegios, las cédulas, hablan de cosas administrativas..... honores, concesiones, diezmos, exención para introducir el vino, el fuero..... poco de disciplina interior, de enseñanza.

Eran aquéllas, cátedras fundacionales; así don Pedro de Luna fundó las de *prima, tercia y visperas*.

Ya había en aquella época, del famoso Benedicto, á principios del siglo xv, 25 cátedras, 6 de cánones, 4 de leyes, 3 de teología, 2 de medicina, 2 de lógica, una de astronomía, otra de música, de hebreo, caldeo, árabe, retórica, gramática.

Notad el estudio del árabe, lo que significa como estaba al día la Universidad, reconociendo la influencia civilizadora de los árabes, tan poco explorada en otros tiempos.

Se fijó el modo de celebrar los grados, elección de Rector, Primicerio y Maestrescuela.

Iban la Universidad y el pueblo compenetrándose.

Poco más adelante, hacia acá, los Papas y los Reyes, cuidadosos de la Universidad, daban ya constituciones y rescriptos para el buen régimen interior de la Escuela, con vistas á intervención oficial en la organización de la enseñanza. Pero la Universidad imponía la personalidad de su presencia. Y al mediar el siglo xv, y por encima de

toda acción protectora y tutelar, la Universidad de Salamanca, por su cuenta, por su iniciativa independiente, establecía Escuelas menores, cátedras menores, en todas las disciplinas y enseñanzas, revelación de un admirable instinto pedagógico.

Eran para entretener (dar empleo) á hombres doctos que estudiaban en Salamanca, é irlos formando para Maestros; y que así los fueran conociendo los estudiantes, para poder luego elegir á los que habían de ocupar las cátedras mayores al vacar: las regencias.

Siguió la creación de más cátedras de derecho y lenguas. En 1489, la Universidad hacía venir de París doctos nominalistas y realistas, para poner sobre el tapete, la cuestión filosófica de actualidad. Hay tenéis un razonable intercambio.

La Universidad iba siendo Universidad. En adelante los visitadores regios fueron más escatimados, en sus visitas. Ya los estatutos de régimen habían de hacerlos, revisarlos, enmendarlos, de acuerdo con la Universidad. En la prudencia y sabiduría del Estudio se delegó luego plenamente.

Estamos llegando á los días espléndidos de *entonces*: Aumento de enseñanzas, los colegios universitarios, las Consultas de los Reyes y los planes de estudios, las visitas de Reyes, los hombres célebres, El Tostado, Nebrija, Cisneros, Arias Montano, Victoria, el restaurador de la Teología, Pedro Ponce, el del habla con los

mudos, Antonio Agustín, Cano, Pedro Ciruelo, el primer catedrático de matemáticas en París, Ramos y Salinas, Covarrubias.....

Me dejaréis cerrar estos sabrosos recuerdos, con el nombre del Maestro Fray Luis de León, soberano espíritu, alma de poeta, cultísimo, por quien siento inclinación reverente, devotísima: él ha dejado rastro y huella, hizo surco que perdura, linaje que vive.

Fray Luis, que pedía estar dormido

para no ver el ceño vanamente severo
de quien la sangre ensalza ó el dinero

y entendía, se despertaba, en cambio, al decir de la aves

con su cantar suave no aprendido.

Tiempos típicos: yo no digo si mejores ó peores. Días de personalización de la Universidad española; como se puede decir de ciertos hombres, de personas que supieron poner en sus pasos, en su tránsito, señales de su carácter, de su individualización

De entonces viene el gráfico y expresivo dicho español «á estudiar á Salamnnca».

Vino la decadencia del siglo xvii, las revueltas políticas, la guerra de la independencia, el Estado docente, la Universidad de hoy. Cambiemos, por un momento, la decoración.

Visitando á Salamanca los reyes D. Felipe III y D.^a Margarita quisieron presenciar grados de doctor con toda la pompa y fastuosidad de los ceremoniales.

El *vejamen* fué breve y breves los versos, de imperdonable mal gusto, que leyó Medrano. Sus Majestades deseaban que empezase pronto el acto de conferir los grados.

Se guardaba toda la fuerza del ritualismo, ya lo veréis, aun entrada ya la decadencia; perdido el *bouquet* al menos se conservaba todavía, como histórica huella, la forma que encerró esencias de sabiduría.

No se graduaba un solo aspirante, sino varios, por lo muy costosos que eran los festejos.

Precedía á todo un Claustro de Cancelario en el domicilio de éste, y que era como la presentación oficial.

A la puerta de la casa salía el Secretario y llamaba á los que pedían el honor del grado.

Previo un expediente oral, testifical, el de más edad suplicaba la gracia «*Gravissime et sapientissime Patrone te etiam atque etiam oro.....*»

Con toda premura se elegía un comisario de tasas, otro de cenas y otro de colaciones. Había tiempo para todo, sin descuidar los menesteres culinarios ante la gravedad del acto académico. ¡Tiempos felices!

Señalado día y hora, empezaba la preocupación para el Maestro de ceremonias. Pedía al

Cabildo el toque de campanas y asiento en el coro; prevenía al graduando para que comprase azúcar, pues había de repartir 24 libras á cada uno, al Rector, Maestrescuela y comisarios, y 14 libras y 10 onzas á cada uno de los demás de la Universidad. Y no quedaban en esto sus quebraderos de cabeza y pies, como más adelante se dirá,

Avisado el sacristán de la Catedral y preparada la capilla de Santa Bárbara, para tomar puntos y el encierro — ¡de qué largo nos viene este trámite académico! — sonaba, en las alturas, la *campana gorda*.

La mesa, con tapete negro; dos velas encendidas, en el altar, los hachones altos, que regalaba el graduando, al centro de la capilla.

A los sonos de la campana iban llegando el Cancelario, los aspirantes, el Maestro de ceremonias, los doctores. Se hacía el pique jurando el graduando que no había habido *soplo*. Y se despedía la comitiva hasta el siguiente día.

Ya entraba, otra vez, en ejercicio y funciones el Maestro de ceremonias. Ponía en orden las cajas del azúcar y se cuidaba de las garrafas del refresco, y de que los botilleros llevasen frías las bebidas. Iba á dar itinerario á los atabaleros y trompetas.

Después del refresco, impuesto silencio y echados fuera los curiosos, comenzaba el primer acto del grado.

La mesa tenía tapete rojo. Se sienta el gra-

duando en la última gradilla del altar: y puesto el reloj de arena, dice el Cancelario *Incipiatis pro primo*. El graduando invoca á todos los santos del cielo. La tumba del fundador está cubierta con un tapiz: toda la capilla cubierta de paños, dos velas encendidas y sobre el altar las cajas de la votación, con las bolas de *aprobado* y *reprobado*.

El Cancelario dice *satis*, cuando ha caído toda la arena del reloj, y toda la comitiva sale de la Capilla, haciendo profundas reverencias.

El Maestro de ceremonias pide la hora para la cena.

Todo está pronto preparado.

Una mesa traviesa para Rector, Cancelario y Padrino, cuatro mesas á la larga, perpendiculares á aquélla. Al lado de cada cubierto dos jarras con agua y vino; las velas que lucieron en la lección delante de cada plato, y una rosca de pan con leche para cada comensal.

El Maestro de ceremonias ha recorrido, con atención, las mesas para ver si falta algo.

Nadie desdobra su servilleta hasta que lo hagan los señores de la mesa traviesa.

La ensalada está servida.

¡Pero qué ensalada! Ha de ser aderezada según estatutos y buenas costumbres, de diferentes géneros de fruta ó de hortaliza, aceitunas, confitones, grajea, guindas en conserva, huevos y otros géneros que componen una ensalada real.

Los ministros están en pie, sin espada, «para

que estén más ágiles al servir, y mirando de través».

Detrás de la presidencia tres pajes, en hábito largo.

Después de la ensalada se sirven huevos en guiso variado; un plato de caza, de lo mejor del tiempo, un plato de jigote de ave con lonjas de tocino, chorizo, trozos de gazapo, de ternera, ruedas de limón y otros aderezos semejantes.

Luego el pescado, salmón, truchas ó anguilas. Este plato es doble para la presidencia, como también los siguientes, de roscón, huevos moles, plato de dulce en conserva y cubiletes.

Finalizaba la comida con postres del tiempo, queso, anises, media libra de dulces secos á cada uno, obleas y polillos.

Al concluir, los bedeles menores recorrían las mesas sirviendo vino blanco para lavar las manos de los doctores; al Cancelario el bedel mayor.

Se había de estar á todo con mucho silencio y respeto, «con que todos deben mirar un congreso de tanta gravedad».

Van otra vez á la capilla; cenan los ministros en tanto «de lo mismo que los señores» y comienza el segundo acto, que en poco se diferencia del primero.

Jura el graduando; da la venia el Cancelario, lee aquél y al *Satis* termina su oración.

Y la votación y la investidura.

No es justo entreteneros más, ni acabar con vuestra paciencia. Y de lo que queda por contar podéis haceros cargos con la muestra.

No sólo debéis conocer, me dirijo á todos, franceses y españoles, lo que fuimos, lo que fueron otros tiempos y otros hombres nuestros; se os debe mostrar también nuestro tiempo, cómo son hoy nuestras cosas, nuestras instituciones, nuestra vida, sin que en ello haya mal alguno.

Y no hay que andar en comparaciones, aquellos fueron aquellos tiempos, hoy es hoy. Vendrá luego la labor crítica, se deducirán lecciones y un buen sentido de progreso nos hará andar por camino seguro de adelantamiento.

Quizás tengamos á la fecha presente, demasiado lastre y reliquia de la Universidad clásica, de la vieja gloriosa universidad española. Que se perpetuen ciertos formularios que ya no tienen esencia. Pero de estas, y ótras cosas, os hablaré otro día.



SEGUNDA CONFERENCIA

Señoras:

Señores:

No puedo reanudar hoy mi plática con vosotros, sin antes pagar una deuda que dejé incumplida, en palabras, y solamente satisfecha con plena, sentida, callada y honda gratitud.

Yo os ofrezco, ilustre y sabio Mr. Merimeé, mi homenaje, de rendidas gracias, por aquella afectuosa manifestación de vuestra bondad y nobleza de alma con que recogísteis mi modestísima labor, y cuanto yo he podido hacer en pró de esta obra española de la Unión de los estudiantes franceses. Podéis tener la seguridad de que os presto gozosamente, con delicia para mi espíritu, mi cooperación, que no tiene otro merecimiento ni otro lado de estima.

Habéis de perdonarme, pues, que sin valía

para ello, sin poder brindaros cosa de sabor y provecho, no me niegue á mí mismo el placer de responder á vuestras amables invitaciones, á la honrosa colaboración que de mí esperan, ilusionados por su afecto, estos doctos catedráticos del Instituto de Burgos.

Volvamos á nuestro cuento, cuento interminable; pero no os asustéis, que yo estoy siempre alerta en mis disertaciones, para cortar á tiempo, antes de que os podáis sentir en cansancio.

He dicho que es interminable este cuento, el cuento de nunca acabar. Porque, si recordáis mis últimas expresiones en la conferencia anterior, veréis que esto de la Universidad española no es sólo pasatiempo y memoria de usanzas que fueron, que es poner, en todo, ojos de intuición, ver algo que perfila tiempos é instituciones, épocas y hombres; leer en el sentido de las cosas, y traer á colación todo, para pensar sobre nuestro presente, á una luz de plenitud, de conciencia, de vida.

¡Aquellos fueron aquellos tiempos!

Oídme. La Universidad empezaba á declinar, yo no os puntualizaré ahora, de un golpe, por qué causas. Y, sin embargo, iban á Salamanca muchos estudiantes, miles de estudiantes. Aquí de mi gesto, de mal humor, á la vista de los populosos centros escolares que perturban el «buen ayre» en el lugar del estudio. Quiere esto decir, que la concurrencia en tropel de los escolares, no es síntoma

de gloriosos días para una Universidad, ni señal de que se estudie mucho y bien, ni de que haya excelentes y sabios maestros.

Es más: yo estoy por deciros que, ni en la edad de oro de la Universidad clásica, dieron nombradía y lustre los estudiantes por sus estudios. Páreceme que eran los maestros los que estudiaban y se aprovechaban del estudio, que era la Universidad la sabia.

Tengo esos temores porque váis á saber cómo el escolar fué, afortunadamente, siempre lo mismo. Y la edad de los estudios, edad de juveniles encantos y aventuras, no de esforzados empeños intelectuales.

Decaía la Universidad, sonaban en hueco aquellos ceremoniales y pompas de los Estatutos, aflojaba la disciplina del Estudio, el fuero académico, amamantado con privilegios y exenciones de los Reyes, se había convertido en amplio y desatado fuero del gremio estudiantil, de todos los desafueros imaginables, al amparo de linternazos y estocadas.

Alfonso IX había ordenado que las justicias no se entrometiesen con los escolares; Fernando III, en hermoso documento castellano, que conserva la Universidad como oro en paño, estatúa: «Que nenguno les ficiese tuerto nin fuerza; nenguno sea osado de facerles mal».

La ciudad se había creado sus «intereses» á la sombra de la vida estudiantil.

Los estudiantes extendieron el fuero. La ciu-

dad acrecentó las demasías de los escolares, con el miedo á que la Universidad fuese trasladada á otra parte.

¿No os parece que cualquier tiempo fué peor ó por lo menos igual de malo?

Iban los estudiantes á miles á Salamanca, iban alegres y dichosos, no precisamente por los libros y los maestros. Y empezaban sus fechorías por los pueblos del camino, desalquilando despensas y gallineros y turbando el sosiego de mesones y posadas.

En la ciudad ventilábase enseguida el pleito del alojamiento. El tipo del capigorrón cerraba las puertas de toda hospedería.

Todo aquel celo y cuidado de Sus Majestades para que el pupilero tuviese entrañas paternas con los estudiantes, y para que éstos hiciesen vida recogida y honesta, era letra de los Estatutos, letra muerta. El patrón y la patrona fueron, y serán mientras el mundo sea mundo, ingeniosísima personificación de arte mágico, de combatir las hambres con el «hambre mesma». Y el muchacho, el mozo barbilampiño, que va á los estudios, lejos de su casa y de sus padres, á agremiarse en una vida alegre y alborotada, no será recoleto ni cartujo por vía natural y ordinaria, sin que obste en contrario el andar muy escatimado el dinero. Ya por aquellas edades la Universidad sacaba del «arca boba» para adelantar á los estudiantes á cuenta y empeño de alhajas.

En este camino estamos á la hora presente, en

el mismo ser y estado; esperando sentados, es verdad, que una era nueva acabé con un eternizado descuido en la organización integral de la enseñanza, una organización de vida, de organismos. Yo no quiero que se acabe con el simpático tipo de la juventud escolar, pero sí que no quede ni raíz de lo truanesco y encanallado. Que el estudio esté «á buen ayre».

Salamanca, ciudad del Estudio, se había tornado, con los tiempos, en ciudad agitada, escenario de capa y espada. Los estudiantes eran agresivos y peleadores. No se podía vivir en paz.

Pintorescas eran aquellas escenas de amor con que los estudiantes entretenían su vagar sin límites. Ellos sabían bien el color de los ojos, el *do-naire* y el garbo de las muchachas más ilustres en el linaje de la hermosura; y la ronda en la calle silenciosa y oscura, las querellas ante la reja de la misteriosa ventana, el litigio por la venturosa dicha de ser dueño del adorado tormento, hicieron famosos los anales universitarios, ganándose, en esas lides, laureles y vítores que no conquistaban, con tanto anhelo, en las aulas, ni en las disputaciones y vejámenes.

La pelea, á la luz de la linterna del Corregidor dejaba sus rastros. Al venir el día estaban perennes las señales del peligroso escarceo: las guitarras rotas, los hábitos desgarrados, la musa infiel entre los papeles desencuadernados del *Digesto* ó la *Instituta*.

Bien cantados están estos cuadros de aventuras de amor en los que, un ideal caballeresco y noble, distraía á los muchachos en la plena distracción en que vivían. No está mal que el buen estudiante sepa amar. Que muchas veces el rendimiento, leal y bueno, del corazón á la mujer soñada, hizo mejores hombres y más fieles estudiantes que ningún otro consejo y libro de texto.

Voy de vuelo y por eso, de soslayo, entre color y color, pongo mis rayas, líneas de reflexión y de psicología. Que sólo deseo deleitaros y dejar apuntadas las insinuaciones que emergen de la fantástica y típica vida de la Universidad española, aun en los días de la decadencia, viniendo á nosotros, para soñar así con la esperanza de una restauración escarmentada en la propia cabeza.

Lo peor del caso fué que no quedaron, los bríos luchadores del imperante gremio estudiantil, en los linderos de la poesía erótica. Lo épico y lo trágico se desarrollaron de modo alarmante y sangriento. La ciudad quería paz y sentía ganas de poner coto á los estudiantes dominadores, y ya sin freno ni obediencia. Y no fueron una ni dos las refriegas y las batallas campales, entre ciudadanos y escolares, valiéndose de los hábitos retorcidos para mazas apaleadoras y silbando en el aire los bonetes, en reemplazo de otros proyectiles.

El Obispo, y el Corregidor, y el Maestrescuela tuvieron que refugiarse en el asilo de las iglesias, quedando los sediciosos dueños del campo.

La Universidad pedía perdón al Corregidor y la ciudad se avenía á no perder los «intereses creados», suplicando justicia al Rey..... y seguía así, casi reglamentada, la huelga y el alboroto. ¡Qué tiempos aquellos! ¿Y habrá quien los llore?

Con cierta gracia, la que cabe, da cabal idea de aquellas turbulencias el siguiente relato del Padre Mendo, en su correspondencia epistolar:

«El Corregidor andaba días atrás de prender á un clérigo, y no sabiendo dónde estaba, fué acompañado de toda su justicia y algunos caballeros y lo prendió. Traíale por la plaza y el clérigo daba voces y apellidaba ¡Iglesia!, pero nadie se movía á ayudarle. Salió de través un estudiantillo y dijo ¡aquí del Estudio! Al punto seis gorriones, que estaban comprando fruta, corren hacia el clérigo, y juntándose otros á la voz del Estudio, le libraron, dejando hechos unas monas al Corregidor y caballeros. Y los ciudadanos que iban con ellos, en oyendo ¡aquí del Estudio!, se escabulleron diciendo: «el diablo que se meta con estudiantes».

Yo creo que son bastantes las noticias que he acotado para que os podáis trazar, no digo la historia, hasta la prehistoria, el abolengo y raigambre de cierto fuero escolar, que no está escrito en las leyes, pero que está ahincado en el corazón de nuestros bien humorados estudiantes; el abolengo y raigambre de su característica algarabía, y de cómo tienen su génesis, bien probada, las turbulencias y motines escolares, que aún hoy se puede

saber en dónde y por qué principian, sin adivinarse en dónde y cómo concluirán.

Despidamos aquella época estudiantil, irregular y alborotada, de inquieta indisciplina, de española rebelión, que al fin y al cabo dió á la patria afortunados aventureros, que la historia señala como grandes capitanes y conquistadores, ingenios en nuestra literatura, que dejaron deliciosas escenas dramáticas de su vivir asendereado, rico en gallardías y gentilezas francamente castizas.

Hay que mirar de lejos á aquella Universidad española, y, pasando por tiempos anónimos impersonales, interrogarnos por algo de hoy.

Ya os lo dije el sábado pasado, y vosotros lo podéis afirmar también, que, á la postre sóis un pueblo hermano, que quizás pese mucho en la Universidad contemporánea el lastre y reliquia de la vieja y clásica, repitiéndose inconscientemente rituales y formulismos que no saben á nada; que nos falta virilidad interior para crear con rasgos de fisonomía nuestro Estudio, nuestra Universidad.

Estamos, yo os lo diré así porque lo siento, en un período constituyente, en este punto de la organización universitaria. Estamos en la discusión previa, inacabable, de la tesis político-religiosa y no académica, entre el estatismo y la autonomía, y asoma de vez en cuándo, con escandaloso des-

conocimiento de lo que es el saber y el estudio, el dogmatismo de escuela de uno y otro color. Los problemas de la libertad de enseñanza los entendemos aquí de una manera *sui generis*. Pero esto es realmente harina de otro costal..... del que tengo yo mucha cosecha, dicho sea de pasada.

El hecho es que, por evolución ó por sorpresa, nos hemos encontrado con la Universidad uniforme, equipada por el Estado, con una organización administrativa que se da desde el centro ministerial correspondiente, de donde salen así mismo los planes de enseñanza con demasiada variabilidad.

La vida corporativa de la Universidad ha desaparecido; la labor del maestro es muy individual. Tiene vistas á cumplimiento de deberes estrictamente reglamentarios. Y hay que poner toda la esperanza, de una nueva vida de Universidad, en la generosa vocación de los que sienten algo más que el deber.

Es de justicia confesar que en esa labor, que excede á la de la hora de clase, hay mucho que ensalzar y enaltecer: hombres de mérito, de valía, de estudiosa vida, honran hoy á la Universidad española, la vocean, la hacen ser y existir fuera, en una realidad que no tiene.

Tengo para mí que el mal está arriba, y lo digo sin apasionamiento doctrinario, con ingénuo libertad: está el mal en que se atiende sólo al aspecto de dar la enseñanza para los estudiantes, para facilitar la carrera, el título profesional. Y

eso con toda la recua de expedientes, de exámenes, de grados, de derechos y ceremonias, no deja florecer al anheloso espíritu universitario.

Y cuando se nos habla de autonomía universitaria, todo está reducido á que puedan elegir los Claustros su Rector. Al modo de aquellos privilegios y cédulas reales, que yo os recordaba, en los que el Rey se ocupaba paternalmente de que los estudiantes no pagasen impuestos por el vino, ó que el posadero les diese bien de cenar. Es decir, que de arriba no vienen frondas de enseñanza, de vida propiamente autonómica para la Universidad.

Recordad aquellos Estudios de Salamanca, que brotaban de la vida interior y que fueron capaces de adoctrinar, de hacer sabios.

Habrá que pensar en resignarnos á tener centros de enseñanza para muchachos de diez años, de catorce y de veinte; el grado elemental, el segundo y el superior; en padecer los exámenes y los grados y en reglamentar las carreras. Así vivirá también el alegre estudiante, que distraerá sus ocios entre la guitarra, el amor, los libros y las vacaciones.

Habrá que recrear el ánimo soñando con la nueva Universidad española, moldeada en aquella autonomía del saber, que creaba enseñanzas, que fundaba cátedras, que abría horizontes, que engendraba escuelas y hombres de poderoso entendimiento, de espíritu bien cultivado. Una Uni-

versidad que se haga á sí misma maestra, docta, señora, soberana. Que no sea un departamento administrativo, sin más unidad que la antipedagógica tiranía de un plan de asignaturas rotuladas.

Una Universidad en la que los maestros vinculen sus amores, en la que nada hable de inamovilidad. No se puede haber inventado cosa más mala que la inamovilidad. ¿Cómo vamos á vivir, si están colmados todos los ideales en la prebenda, en en la afortunada, pacífica, imperturbable posición oficial, gozando buena salud para ir subiendo por la escala del escalafón? Si la vida es movimiento, es inquietud, es anhelo y trabajo!

Yo no dejaría inamovible al catedrático ni una hora, revisaría su vida académica todos los días.

El catedrático no debe ser señor encastillado en su saber, ni torre amurallada, inexpugnable. Ha de franquearse, estar en contacto con su tiempo, ser avaro para atesorar, pródigo para entregar esos tesoros de su investigación, del caudal de sus lecturas, de la fresca y lozana originalidad de sus observaciones, de sus juicios.

A la Universidad, así soñada, no llevaríamos un profesorado de trasiego, que no está á gusto nunca, que no se identifica con la Escuela; de esa suerte no hay fe en la vida universitaria.

Tenemos que pensar en que la Universidad trascienda de su recinto cerrado, que influya en la vida social y pública, levante el nivel de la edu-

cación popular y vaya en delantera de todo el movimiento del país, porque así debe ir la cabeza, el discurso, la intelectualidad verdadera.

Sin hermandad de espíritu y de amor, cada uno cumplirá con lo suyo, á solas, nada más; la hora de clase, la paciencia en los interminables exámenes, la gravedad en los hueros grados académicos, son las virtudes que se practican estérilmente para este agujón, de interiores aspiraciones, á una vida universitaria.

Esa hermandad de espíritu y de amor, que no es el compañerismo. El compañerismo es un enemigo solapado, al que tenemos que combatir sin piedad, es un encubridor de terribles gérmenes disolventes que nos afemina, que nos enerva. Aun en la limitada vida universitaria presente, si hubiera valor de hombres, mucho prestigio podía ganar el Profesorado que trabaja, que dignifica, echando á la barra el lastre de vergonzosos casos de ineptitud manifiesta, de incapacidad solemne y dañina..... ;Siquiera ese aleteo de autonomía!

Había de buscarse para esa Universidad, que yo confiadamente veo venir, aun cuando á mucha distancia todavía, una madurez de estudiantes ya hombres, no mozos inquietos; había que contar con una aspiración superior al título profesional, y que este, propósito de utilidad, se armonizase con una profesión del saber más desinteresada.

No se ha hecho nada todavía en este sentido.

Hay nobilísima aspiración á esa mayoría de edad universitaria, á no circunscribir la acción de la enseñanza al casuismo de un plan de materias y de asignaturas; pero no hay medios legales, hay casi incompatibilidad y prohibición.

La Universidad insinúa una nativa, poderosa inclinación docente: ella agregaría estudios nuevos, suprimiría disciplinas inútiles..... pero no la dejan.

Se quiere salir de su coto académico. La extensión universitaria es un impulso afanoso, loable, para llevar la vulgarización de los estudios fuera de la cátedra..... pero se lucha con la falta de ambiente propicio.

De la iniciativa privada, no oficial, no viene nada restaurador. Con tendencias doctrinales en el frontispicio surgen algunas instituciones de enseñanza, que van paralelamente, á la vera, del plan de asignaturas, á dar carrera, realizando sólo una misión de colegio, de régimen interior, de internado doméstico. Nuestra enseñanza libre, sólo es una excepción de la asistencia material á las aulas oficiales. Toda la vida pedagógica superior anda en derredor de un patrón y de un tono, que se da con marcada incompetencia.

Afanémonos por despertar en nuestra juventud aspiraciones puestas muy en alto, en saber bien las ciencias y las letras, no en poseer el atestado de suficiencia, ganado muchas veces en carreras de sobresaltos, de resistencia física, de atis-

bos felices que les dan conocimiento de donde andan flojas las lenguas y apretado el Derecho; de donde se cursan con dificultad las Matemáticas y con holgura el Latín.

Tenemos miedo á que baje la matrícula: es un pecado mortal juzgar de la vida interior de una Universidad por los rendimientos que da al Estado. No me toméis en cuenta la insistencia con que repito mi afición. A mí me alegra ver en disminución el número de estudiantes. Yo hago votos por la extinción completa de los que dicen que estudian por lujo, por tener un título. ¡Qué plaga más terrible la de los inútiles titulados! ¡Gentes ricas de pueblo, que podían emplear sus brazos, sus pies y su cabeza en provechosos cultivos, empeñados en que el hijo mayor sea abogado, para luego ser el más solemne aburrido del lugar!

Señoritos de ciudad, que no aportáis al estudio ni talento ni buenos hábitos, ¿no tenéis bastante con ganar copas y campeonatos? Dejad en paz al Estudio.

Afanémonos también por la formación de las vocaciones verdaderas en el Profesorado, que no se convierta en oficio ó empleo. Así, yo confío que de la misma Universidad actual podía salir la restauración de la Universidad española, haciendo lo que hacía aquel Estudio de Salamanca cuando lo dejaban vivir en libertad, y los Reyes y los Papas se cuidaban sólo de los privilegios y honorificencias; cuando aquel estudio implantaba las ense-

ñanzas al día, según iban presentándose los problemas y los progresos didácticos y de la sabiduría; cuando aquel Estudio formaba á los maestros dentro de la casa, en amor y en saber; cuando en aquel Estudio, en sosiego, en retiro, sin bullicio, los mismos escolares tenían prudencia y acierto para elegir sus mentores; cuando aquel Estudio traía catedráticos de París, de donde quiera que hubiese encumbramiento científico.

Yo quiero llegar á eso; por eso miro con tanta simpatía esta vuestra obra de compenetración intelectual, porque sueño con una Universidad sin fronteras, con una hermandad espiritual que se da, que alienta, en el nobilísimo empleo de nuestro pensamiento, lo más grande que puede hacer el hombre como cosa digna de él.

Para esto necesitamos la paz, la amiga del saber y del estudio. Vosotros pedidla con nosotros: la paz interior, la quietud del ánimo que permita á la nación española pensar en su reconstitución, restañando heridas, levantando espíritu y fuerzas. Si estamos siempre en zozobras y sobresaltos, si todo el tiempo hay que malgastarlo así, no hay esperanza de firme progreso y adelanto.

La paz del Estudio reverberará paz, que es la prenda del bienestar y del vivir fecundo.



